

**Sra. Jeannette Miller**  
**Semblanza de la Galardonada**

**A propósito de Hilma Contreras**

La primera persona que me habló de Hilma Contreras fue Tongo Sánchez.

Iniciaban los 60. Yo tenía 18 años y era un revoltijo de cuestionamientos; él era el decano de la vieja facultad de filosofía y letras, él era mi mentor, y hablaba de Hilma Contreras como la cuentista que había regresado de París, con un entusiasmo que iba más allá de su acostumbrado equilibrio.

Un día me la presentó. Recuerdo una mujer delgada, fina, distante; con sonrisa de niña; que arrastraba las eras al hablar... Nunca más volví a verla. Pero al cabo de los años sus textos me la presentaron de nuevo y entonces me asombró esa capacidad de subversión que tenían sus cuentos, ese planteo de situaciones prohibidas, ese puñal escondido, solapado, con que la autora vencía al lector en cada desenlace.

Su hechura moderna rompía con el realismo de la tierra que definía los textos magistrales de Juan Bosch; ella, sin embargo, nos presentaba situaciones sustentadas por un tejido psicológico que a veces tocaba lo surreal.

Contreras manejaba un diálogo-monólogo donde nada sobraba; el ambiente se daba en imágenes que formaban la nebulosa del cuento, donde rechazo, violencia y muerte, se vestían de un ropaje cotidiano en que los detalles alcanzaban proporciones de tragedia.

“El cumpleaños de Vitalina”, “La ventana”, eran cuentos donde las claves estaban dadas desde el inicio. El lector sin salir de su asombro era llevado a un final descarnado, a través de una serie de ambivalencias donde subyacía un mundo lleno de mentiras y de hipocresía.

Estos textos insólitos de Hilma Contreras seguían de cerca la calidad alcanzada por Bosch en sus estampas de la tierra: la diferencia consistía en

que los arquetipos boschianos se encontraban en nuestro país, especialmente en el campo dominicano; los de Contreras, en cualquier lugar del mundo donde hubiera mujeres.}

A medida que leía sus cuentos iba descubriendo una serie de afinidades y de disensiones que me llevaron a seguir su obra con interés.

¿Quién era Hilma Contreras? ¿De dónde sacaba una amargura tan profunda, un asco tan grande? ¿Cuándo pudo convertir su disidencia, sus palabras, en arma liberadora? ¿Cómo lograba textos que proponían realidades universales y que también podían clasificarse como literatura de género?

El cuento dominicano ha venido de la mano con nuestra historia social, política y económica. Paisaje, hábitat, y el hombre que interactúa con ellos, se han ido definiendo en múltiples situaciones proponiendo una idiosincrasia que enfrenta modificaciones permanentes.

Los 31 años de la dictadura de Trujillo y la permanencia de sus arquetipos se reflejaron directa o indirectamente en la producción que abarcó casi la totalidad del siglo XX, y en la que afloraron los abusos de un régimen totalitario. El asesinato, la injusticia, la mentira y el miedo crearon ejes existenciales que variaron de autor en autor con textos disímiles conciliados en la intención común de proyectar su verdad.

Dentro de esa panorámica Hilma Contreras emerge en la década del 40 introduciendo un ser humano que produce alternativas insospechadas para responder a la censura y a la traición. Además, Hilma Contreras inserta en el cuento dominicano los parámetros existenciales de la literatura francesa posterior a la Segunda Guerra Mundial: individualismo, subjetividad, temor, angustia, culpa, soledad, conflicto...

Su preocupación por el yo interno, por el yo psicológico será compartida por Vigilio Díaz Grullón algunos años después. Sin embargo, uno de los factores que particulariza la producción de Hilma Contreras es que sus cuentos son sumamente femeninos, podríamos afirmar que son cuentos de mujeres por la manera de pensar, por la forma de abordar los

personajes, por la atmósfera de primas y de amigas; pero ante todo, por el tono del lenguaje.

Es innegable que las mujeres tienen un grado de sensibilidad que las permeabiliza a cosas que podrían pasar desapercibidas para un hombre. Esa exacerbación de los detalles y de las situaciones; esa permanente actitud de defensa ante la agresividad; ese huir de situaciones nuevas por temor al maltrato; ese refugio en la soledad o en los grupos que hablan su mismo idioma: las abuelas, las tías, las primas, las amigas...

Estos elementos forman el universo narrativo de Hilma Contreras, un universo de cristal cuarteado que, sin embargo, nunca se derrumba, sostenido por la palabra de una mujer que, ante todo, sabe escribir, condición sin la cual sus inquietudes y planteamientos nunca hubieran trascendido.

Nacida en San Francisco de Macorís en 1913, veinte años después inicia sus publicaciones, entre las que figura “La carnada”, un cuento boschiano donde ya perfilaba su denuncia a la agresividad machista. El texto, donde un campesino celoso del hijo recién nacido, se lo roba a la madre para que ella regrese con él, pone en boca del hombre estas palabras sobre su mujer: “ella debe estar ahí para entregarse, para servir, para agradecer...” Naturalmente, que al final del cuento la mujer mata al hombre: no tenía otra salida, era su única opción de libertad y justicia.

A partir de entonces, Hilma Contreras entra al mundo literario dominicano por la puerta grande y a medida que pasan los años, sus cuentos van tomando la forma que los convierte en puntos de referencia de la narrativa corta en nuestro país.

Chorrera abajo, De mi torre adentro, son títulos intermedios que nos presentan su crecimiento como escritora, hasta que en 1951, la aparición de su cuento “La ventana”, establece de manera definitiva lo que distinguirá sus escritos a través de los años: cuentos cortos, cuidadosamente estructurados; manejo impecable del género y de la lengua; personajes ambivalentes; ritmo inmutable, equilibrado, para decir verdades golpeantes.

La literatura dominicana ha venido construyendo su identidad dando respuestas a las cuestionantes de un devenir histórico que ha trabajado independencia, negritud, dictadura, injusticia social, trasiego humano, debacles ecológicas y cultura. En los textos de Hilma Contreras la respuesta es interna, propia, existencial... y sin embargo sus personajes, que podrían vivir en cualquier país, dentro de su perfil universal, registran parte de esa idiosincrasia oculta del dominicano, mezclan realidades contradictorias, incorporan recuerdos mortificantes, destapan la sexualidad prohibida como “forma de ser”, agrediendo así los códigos de una moral pautaada por el miedo.

De manera valiente, casi descarada, Hilma Contreras saca a flote el lado oscuro de seres cotidianos que tienen sentimientos indebidos, que odian lo que les rodea, que evitan el contacto con sus vecinos, que se encierran en un mundo único y particular para no exponerse al trato con los demás. Y este planteamiento magistralmente logrado en “El cumpleaños de Vitalina”, a quien no le importaba la intención suicida del vecino, ya viene dado como propuesta existencial en un texto publicado en 1945, con el título “De mi torre adentro”, donde la autora plantea su asco permanente, no sólo ante la realidad, sino ante sí misma, ante sus reacciones frente a un mundo que no ha escogido. Cito: “Mundo sucio, gentes sucias, corazones sucios... ¿Cómo no tenderse al borde de cualquier riachuelo, mientras se muere de asco?”

Muchos años después, en 1987, el atrevimiento temático de su cuento “La espera”, la convertiría en bandera del feminismo literario. Por primera vez en las letras dominicanas se ponía sobre el tapete el derecho a una sexualidad estigmatizada. Para entonces, Hilma Contreras tenía 74 años.

Aunque parezca mentira este discurso disidente de Hilma Contreras, esa rabia tensa y dinamizante forman parte de una memoria que todavía no se ha registrado lo suficiente y que persigue conformar las características humanas de un tiempo y un espacio que permanecen nebulosos: la dictadura de Trujillo.

Los cuentos de Hilma Contreras testimonian la soledad del ser en el contexto de una dictadura feroz. La mayoría de sus personajes son gentes alienadas, que sólo son capaces de manifestar el rechazo a una situación que no comparten.

Hilma Contreras registra, como pocos lo han hecho, la indefensión del hombre atrapado en las leyes inexplicables del azar y la violencia. Y esto lo logra enfatizando el juego vida-muerte, miedo-sobrevivencia, espiritualidad-sexo, con un ritmo narrativo en el que las verdades actúan como bofetadas.

A lo largo de nuestra historia, el modelo autoritario, patriarcal o dictatorial, que ha regido nuestra sociedad, ha relegado la participación de la mujer. Por eso en nuestro país el número de mujeres escritoras que ha logrado posiciones de reconocimiento es mucho menor que el de hombres, pues a la escritora se le ha exigido mayor calidad que a la obra media del escritor, para poder aparecer junto a él.

¿Qué otra explicación habría para entender por qué una obra literaria de esta envergadura ha vendió a reconocer hoy, tardíamente, y gracias a la Fundación Corripio, un organismo del sector privado que adopta un sistema amplio y participativo para el otorgamiento de las premiaciones?

Hilma Contreras está escribiendo desde hace sesenta años y desde sus inicios viene incidiendo en el mundo cultural dominicano. Algunos de sus cuentos, como “La espera”, “La ventana”, “El cumpleaños de Vitalina”, aparecen en todas nuestras antologías de narrativa.

Pero eso no es suficiente. Hilma Contreras debe ser promovida como modelo de hechura literaria; la importancia de su obra debe ser motivo de estudio, punto a discutir en charlas y seminarios. Hilma Contreras ha producido algunos de los mejores textos de nuestra narrativa corta y por lo tanto es un alto referente de la cuentística dominicana del siglo XX. Su posición es cimera al igual que Juan Bosch, que Virgilio Díaz Grullón, que Marcio Veloz Maggiolo... Y esto a pesar de ella, de su actitud

distante, del autoexilio que ha escogido, de su temperamento convencido de que para las mujeres como ella, en países como éstos, la vida es una derrota larga que acabamos por aceptar. Por eso nosotros, los que estamos aquí, los que creemos en la literatura, los que sabemos que la lectura del texto es un mecanismo de encuentro y liberación, debemos contraer ese compromiso de difusión y justicia con su obra, que es la respuesta de una mujer valiente, de una gran escritora que hace más de medio siglo se atrevió a denunciar lo que todavía denunciemos hoy.

En una sociedad que tiende a la globalización y al imperio tecnológico, las particularidades de ser humano se ven amenazadas por un interés de nivelación. En este contexto, el oficio de la escritura es un oficio de libertad, y por lo tanto, una garantía de sobrevivencia. El viejo modelo cultural de exterminio y sometimiento continúa con otra vestimenta; por eso, el miedo que define nuestras manifestaciones, ese miedo ancestral que viene desde la conquista, atraviesa la colonización, dinamiza las revoluciones independentistas y sobrevive a las dictaduras llevándonos a conformar nuestros propios mecanismos expresivos. A lo largo de este proceso, hombre y miedo han venido de la mano; pero mujer y miedo han resultado sinónimos.

Por eso Sabemos que detrás de este premio a Hilda Contreras hay muchas mujeres realizadas y también muchos hombres; entre ellas, Ilonka Nacidit, promotora incansable de la literatura escrita por mujeres; amiga entrañable de Hilma Contreras; no ahora, en que la premiación la confirma en el lugar cimero que siempre ha ocupado, sino en los años tranquilos de la soledad escogida, tiempo que Ilonka Nacidit ha ido registrando para que nos e pierda ningún aspecto de una vida tan valiosa para la literatura dominicana.

Asimismo, Ángela Hernández, a quien desde hace tiempo llamamos su heredera en el oficio narrativo, y tantas y tantos más, que sería interminable mencionarlos.

Los dominicanos hemos vivido en medio de una guerra cultural, donde el manejo permanente de la crisis nos ha hecho contestatarios a las agresiones del mismo hombre. En este contexto Hilma Contreras ha

sobrevivido con el arma de la creatividad, produciendo alternativas que nos ponen a pensar, que nos permiten dudar y por lo tanto nos ayudan a entrar al acto reflexivo de la libertad.

Ella, como Aida Cartagena, como Altagracia Saviñón y como tantas otras que hoy nos encontramos aquí, es una heroína de las legiones de la escritura, única opción que nos ha permitido existir y permanecer... El resultado es su obra, que está ahí enriqueciendo y afirmando la memoria cultural de nuestra nación.

Por eso yo saludo con entusiasmo y orgullo este merecido y esperado premio, porque desde hace ya mucho tiempo los textos de Hilma Contreras me han ayudado a vivir, ejerciendo una libertad que nos identifica como mujeres y como escritoras.